

Seminario de la cultura del café en Cuba

PRESENTACIÓN

En esta ocasión "Contrapunteos" dedica su espacio a los trabajos presentados en el seminario "La cultura del café en Cuba", organizado por la Fundación Fernando Ortiz. El café, así como el azúcar y el tabaco, también ha dejado huellas en la formación de nuestra cultura productiva y social. La planta y su fruto involucran saberes y sabores en su historia. Los cafetales, además de estampar el paisaje campestre cubano, fueron sitios de labor y conspiraciones, de ritmos y culturas diversas, de confluencias migratorias.

Las historias que se esconden detrás de una taza de café y las maneras actuales en que perdura este producto en la cultura cubana, han constituido el objetivo de este seminario y el motivo para que se conozcan los artículos que ahora presentamos.



El café y su relación con otros cultivos tropicales en Cuba colonial

ALEJANDRO GARCÍA
ÁLVAREZ

Historiador. Universidad de La Habana.

INTRODUCCIÓN

Durante la última centuria y hasta hoy, en Cuba se ha mantenido una modesta producción cafetalera que ha servido al menos para dar continuidad a una tradición productiva que se desempeñó con notable éxito en muchos lugares del territorio nacional durante la primera mitad del siglo XIX; todo a partir de que las élites coloniales se empeñaran en el propósito de que la mayor de las Antillas pudiera sustituir a la ex colonia francesa de Saint Domingue como abastecedora de productos tropicales en el mercado internacional. Transcurrido casi medio siglo desde la debacle productiva de Haití, y logrados durante ese tiempo grandes éxitos en la producción cafetalera cubana, las exportaciones del dorado grano a partir de Cuba comenzaron a disminuir aceleradamente hasta convertirse la caficultura en una actividad de escasa significación para el sector externo de la economía nacional, principalmente si se le compara con los rubros más significativos de las exportaciones de la Isla, ta-

les como el azúcar o el tabaco. Sin embargo, en contraste con la prolongada decadencia que sufrió la producción y exportación de café desde Cuba a partir de la década de los sesenta del siglo XIX, los habitantes de la Isla han conservado, hasta hoy, una persistente vocación por el consumo de la infusión que se obtiene a partir de dicho grano. Por causa del hábito de ingerir pequeños sorbos de café negro varias veces al día, este producto de la agricultura tropical llegó a convertirse casi en un signo de identidad cultural que ha dado lugar a la existencia de una permanente asimetría entre la producción y el consumo del aromático grano, vigente hasta nuestros días.

Pero el sugestivo tema del consumo de café en Cuba no está incluido entre los contenidos del presente trabajo. En su lugar aparece como objeto de la atención de este autor el conocimiento de las peculiaridades del proceso de introducción del *Coffea arabica* en la Isla, así como el desarrollo de su cultivo, exportación y decadencia durante la etapa de dominación española, y algunos comentarios sobre las evidencias materiales que aún se conservan como testimonios del antiguo esplendor de los cafetales en la Isla. También se harán particulares referencias acerca del papel que en este proceso desempeñaron las relaciones del café con otros cultivos tropicales de importancia comercial, especialmente en lo que se refiere al desplazamiento físico de los cafetales desde los lugares en que se asentaron en un inicio, ocupando parte de las tierras llanas y alomadas del occidente cubano, para concluir con su asentamiento definitivo en las zonas de montaña, tanto del propio Departamento Occidental como en los del Centro y el Oriente de la Isla.

LUGAR HISTÓRICO DEL CAFÉ EN CUBA

Cuba se mantuvo durante más de dos siglos (1790-1990)¹ como un importante productor y exportador de azúcar de caña. Para ello dicha agroindustria pudo disponer de ventajas indiscutibles, algunas de carácter transitorio, como las que se produjeron en los mercados internacionales durante cada coyuntura histórica favorable para el comercio del dulce, y también otras de carácter más estable y específico relacionadas con las características físico-naturales de la Isla, tales como el clima predominante en el archipiélago o la fertilidad de los suelos.² Sobre la base de tal conjunto de factores, y durante el transcurso de dos siglos, fue creada y consolidada la estructura económica monoprodutora y dependiente que hasta hace muy poco tiempo caracterizó a la economía cubana. A causa de las indudables ventajas comparativas de que pudo disfrutar la caña de azúcar con respecto al resto de las producciones de la Isla y del interés que su explotación comercial logró despertar entre las élites económicas y políticas de la mayor de las Antillas, los demás cultivos que fueron explotados comercialmente en su espacio agrícola pasaron con el tiempo a convertirse en opciones de menor significación. Estas mismas condiciones mercantiles y físico-naturales, unidas a otras de carácter social, determinaron que cultivos tales como el tabaco, el café, o el banano, en el transcurso

del tiempo fueran removidos de sus principales sitios de asentamiento original y trasladados a otros lugares del espacio agrícola insular. Con relación a este proceso puede agregarse la idea de que todos los esfuerzos encaminados a la diversificación de la agricultura que se intentaron en Cuba, tanto en el siglo XIX como durante la primera mitad del XX, debieron afrontar un entramado de intereses empresariales cuya base estaba sustentada en el conjunto de actividades relacionadas con la producción y comercialización del azúcar, así como por la venta de insumos varios con destino a esta agroindustria.

Hasta un cultivo tan autóctono como el del tabaco llegó a formar parte de una larga disputa con respecto al uso agrícola de las tierras llanas y onduladas del occidente cubano durante los tempranos siglos de la colonización española. Aunque desde el siglo XVI la ganadería había sido la aplicación preferente de las tierras en Cuba, con el tiempo el cultivo del tabaco se convirtió en la actividad agrícola privilegiada para los agricultores cubanos. Sin embargo, más tarde esta debió abandonar gradualmente los terrenos que habían venido ocupando las vegas, para cederlas a las producciones de caña de azúcar y de café. Otro cultivo de interés mercantil internacional, como lo fue durante parte de los siglos XIX y XX el del "guineo" o banano, también debió abandonar en más de una ocasión sus espacios a la caña de azúcar, sobre todo ante cada coyuntura fa-

vorable para este tipo de producción.³ Un caso muy distinto y algo más tardío fue el del henequén. La ocupación de tierras por esta variedad de *agave* siguió el rumbo que había sido previamente trazado por el azúcar, una vez que aquellas fueron abandonadas por la caña a causa de su agotamiento y baja fertilidad.⁴ En este curioso movimiento territorial, la historia del café en Cuba sugiere la necesidad de registrar aquellos hechos que permitan explicar cómo finalmente el aromático grano también debió subordinarse a la influencia determinante del azúcar, después de la extensa etapa de auge y convivencia que logró alcanzar en la agricultura insular durante la primera mitad del siglo XIX.

Se ha dicho que la presencia de cafetos en Cuba partió de una acción individual destinada al enriquecimiento y diversificación del inventario de árboles y arbustos que solían plantar los hacendados y estancieros en sus fincas de los alrededores de La Habana, aunque es imposible que haya sido pasado por alto el conocimiento que ya se tenía en aquella época sobre la potencialidad eco-

nómica que este cultivo encerraba; lo cual había quedado demostrado no solo en algunas de las posesiones francesas del Caribe sino también en la británica de Jamaica y en las Guayanas Holandesa y Francesa.⁵ Precedido por la cría de abejas o apicultura, llegó el café a Cuba a mediados del siglo XVIII; según se ha dicho, a pocos años de haber sido conocido en Holanda y Francia, y haber comenzado a cultivarse con éxito en las colonias francesas de Cayena, Guadalupe y Martinica, y en la holandesa de Surinam.⁶ Al parecer, desde la vecina colonia francesa de Saint Domingue, conocida también como El Guarico, la planta fue traída a Cuba en 1748, por un funcionario de la Corona: el contador mayor de cuentas José Gelabert, quien lo sembró en tierras de una finca ubicada en los suelos rojos del Wajay o Ubajay, en la periferia de la ciudad de La Habana. También se ha dicho que dicha planta llegó a Cuba procedente de Puerto Rico en 1769, lo cual es mucho menos probable. En muy poco tiempo su cultivo se extendió a otros lugares del occidente cubano como Guanajay y San Marcos de Artemisa,

¹ Fue durante estos dos siglos que se constituyó y conservó la estructura deformada y dependiente de la economía cubana basada en el azúcar.

² Téngase en cuenta que a causa de la influencia que tuvo el azúcar en la economía cubana, las estaciones climatológicas en Cuba se han dividido formalmente en dos: la de seca (época de molienda o zafra azucarera) y la lluviosa (tiempo muerto para la industria del dulce). La idoneidad de los suelos también debe contemplarse con una cierta relatividad. La caña despoja de nutrientes los suelos; por consiguiente, si estos no son repuestos, su degradación progresiva hace disminuir también progresivamente los rendimientos agrícolas.

³ En este sentido fueron especialmente significativos los años finales del siglo XIX cuando se instaló el azúcar en los alrededores de Banes, y también los de la primera y segunda guerras mundiales, cuando los precios del azúcar justificaron el desplazamiento del banano desde las zonas de Nipe y de Sagua de Tánamo, hacia lugares más intrincados del oriente cubano.

⁴ Se trata sobre todo de terrenos costeros del occidente, donde en principio habían estado los más antiguos ingenios del país.

⁵ Como ejemplos de su diseminación por las Antillas debe mencionarse que en 1753 la producción de café en Saint Domingue había alcanzado los 70 000 quintales; en Martinica, 12 000; en Guadalupe, 2 948; en Jamaica, 657; en Granada, 134 000; y en la danesa San Cristóbal, 1 213 quintales. F. Pérez de la Riva. *El café. Historia de su cultivo y explotación en Cuba*. J. Montero, La Habana, 1944, p. 21.

⁶ Según los datos disponibles, el *Coffea arabica* fue introducido en las Antillas en la década de 1720, primero en Martinica y después en Jamaica. J. de la Pezuela. *Diccionario Geográfico, Histórico, Estadístico de la isla de Cuba*. Imprenta de Mellado, Madrid, 1865-1866, t. I, p. 223; aunque también se tienen noticias de que desde la segunda década del siglo XVIII había café en lugares del continente como Surinam, Cayena y después Brasil. Ver J. F. Ramírez Pérez y F. A. Paredes Pupo. *Los cafetales de la Sierra del Rosario (1790-1850)*. Ediciones Unión, La Habana, 2004.

aunque también hacia el centro de la isla en los alrededores de Sancti Spiritus y Trinidad, así como hacia los diferentes puntos montañosos de la región oriental. La administración colonial y la oligarquía criolla, muy sensibles en época de las reformas borbónicas a las ventajas que a más largo plazo podrían obtenerse de una ampliación de los cultivos tropicales destinados al comercio internacional, supo extender oportunamente a la cañicultura los beneficios que se habían otorgado a la producción de azúcar en los años de 1758 y 1760. No obstante, en un antiguo texto sobre la historia de Cuba escrito en el año de 1761 se dice que en la Isla solo se cultivaban para su elaboración y exportación dos productos: el tabaco y el azúcar. El autor señala críticamente que el resto de los cultivos de valor comercial, tales como el café, el algodón o el jengibre, "...se siembran para consumirlos cada uno en su propia casa o por diversión".⁷ A despecho de esta afirmación, los acontecimientos continuaron apuntando en una dirección favorable al desarrollo de los cultivos con fines comerciales, ya que poco tiempo después, mediante la Real Orden de 8 de junio de 1767, se estableció una norma más específica y estimulante, para que el café proveniente de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y Cartagena de Indias no pagara derechos de exportación e importación en la Península. A todo esto se uniría más tarde la supresión absoluta de los derechos de exportación para dicho producto.⁸ Hacia 1770 el consumo del café se había generalizado entre los pobladores y se cultivaba para el uso doméstico

en varios lugares de la Isla, aunque también comenzaban a exportarse a España algunas pequeñas partidas del grano.⁹ A pesar de la modestia que caracterizaba por entonces la producción del café en Cuba, la popularidad de que comenzaba a disfrutar su cultivo y consumo continuó alertando a la administración colonial con respecto a la posibilidad de que el dorado grano pudiera convertirse en un importante objeto del comercio de exportación y para ello se le otorgaron algunas ventajas más, tales como la de dar carta de permanencia a las concesiones que antes se habían hecho a quienes comenzaran a producirlo. Todo parece indicar que las medidas adoptadas fueron lo suficientemente estimulantes como para que a finales de la década de los setenta comenzara a producirse un avance de significación, aunque lleno de altibajos, en este rubro de la agricultura insular. Como por aquellas fechas todavía el puerto de La Habana centralizaba oficialmente las exportaciones de todo el occidente del país, las salidas de café por aquel puerto capitano pudieran ser representativas de la acogida que había alcanzado dicho cultivo en la Isla desde antes de producirse los levantamientos de esclavos en la vecina colonia francesa de Saint Domingue. Las pequeñas partidas embarcadas por La Habana constituyen un ejemplo de que la producción cafetalera insular no solo tenía como destino el entonces limitado consumo local sino que también podía demostrar la indudable capacidad de ser convertido en un renglón exportable.

Tábla No. 1
Exportaciones de café por el puerto
de La Habana, 1778-1787
(En toneladas métricas)

Años	Toneladas de café
1778	7
1779	5
1780	3
1781	-
1782	7
1783	8
1784	5
1785	26
1786	3
1787	2

FUENTES: *Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País*, 1849, t. 38; Archivo Nacional de Cuba, Gobierno Superior Civil 463/18598, no. 73, en M. C. Barcia, G. García y E. Torres Cuevas. *La colonia. Evolución socioeconómica y formación nacional*. Editora Política, La Habana, 1994, anexo, tabla 35-a, p. 488.

Sin embargo, aunque después, entre 1790 y 1794, los cultivos cafetaleros se mantenían todavía a escala muy pequeña, ya se lograba exportar una media de 260 tm del grano producido en las pocas haciendas que por entonces estaban dedicadas especialmente a su siembra y recolección. Todo parece indicar que aquellas concesiones fiscales que habían sido otorgadas desde antes a la producción y exportación de determinados productos tropicales, ya habían comenzado a surtir sus efectos estimulantes sobre las ex-

portaciones de café, sin contar, desde luego, las evasiones que en las salidas de dicho producto habitualmente tenían lugar por la vía del comercio ilícito.

LA TURBULENCIA SOCIAL DEL CARIBE LLEGA A LAS COSTAS CUBANAS

Los levantamientos de esclavos ocurridos a partir de julio y agosto de 1791 en la colonia francesa de El Guarico o Saint Domingue, se produjeron como resultado del proceso que había desatado la Revolución en la metrópoli de dicha colonia. Estos obraron como una especie de detonador entre las islas del Caribe y crearon una situación nueva que debió ser tenida en cuenta por las vecinas colonias europeas de aquel entorno marítimo. La turbulencia social y sus efectos políticos inmediatos se expandieron de diversas maneras sobre el resto de las islas en donde existía población esclava. Ante tal coyuntura, la posibilidad de que el ambiente de rebelión y su secuela de destrucción y muerte contaminaran a otros territorios se convirtió casi en una obsesión para las experimentadas élites esclavistas de la isla de Cuba. Los rumores procedentes de la vecina Saint Domingue ocuparon la mente de sus miembros y representantes más esclarecidos.¹⁰ Sin embargo, el miedo a que también pudiera producirse una gran rebelión de esclavos en el territorio cubano no los apartó de sus objetivos mercantiles, y por ello se pronunciaron inmediatamente a favor del aprovechamiento de dicha coyuntura con el objetivo de cumplimentar la función

⁷ Ver edición del libro de N. J. de Ribera titulado *Descripción de la Isla de Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 131.

⁸ F. Pérez de la Riva, ob. cit., p. 13.

⁹ J. de la Pezuela, ob. cit., t. 1, p. 223.

¹⁰ Ver varios aspectos de este proceso en: María Dolores González-Ripoll, Consuelo Naranjo, Ada Ferrer, Gloria García y Josef Opatrný, coords. *El rumor de Haití en Cuba: temor, raza y rebeldía, 1789-1844*. Colección Tierra Nueva y Cielo Nuevo, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2004.

abastecedora que hasta entonces había desempeñado la antes colonia francesa con respecto a los mercados norteamericano y europeo de productos tropicales.¹¹ El temor a las influencias nefastas de la Revolución de Haití y su secuela de violencia, aunque se mantuvo muy presente en materia de vigilancia y represión, no pareció haber ensombrecido en lo más mínimo el pragmatismo que caracterizaba el pensamiento económico de los criollos cubanos en su estrecha alianza con la corona de España. Al satisfacer los reclamos de la oligarquía habanera, las ventajas antes concedidas a la agricultura comercial fueron definitivamente reforzadas por otras proposiciones que realizaron los oligarcas habaneros. Estas comprendieron exenciones por diez años en el pago de la alcabala y el diezmo a partir del fomento de cada nuevo cafetal o ingenio, además de eximir del pago de derechos las importaciones de maquinaria y enseres destinados a las explotaciones agrarias de estos tipos.¹²

El aprovechamiento de la situación política con respecto a la demanda de los mercados internacionales no se limitó a la implementación de las mencionadas medidas fiscales dirigidas al aumento de las producciones de azúcar, tabaco, cera, miel de abejas o café sino que, como una gran paradoja, estas facilidades se extendieron en favor de lo que entonces podría constituir el mayor peligro potencial para la estabilidad social de la colonia: la importación libre de

esclavos. Las medidas instrumentadas para facilitar la trata libre de africanos cautivos fueron a la vez complementadas con la práctica de una política de acogida masiva de inmigrantes franco-antillanos, muchos de los cuales contaban con conocimientos técnicos, recursos monetarios, o esclavos propios, y que huyeron desesperadamente desde la vecina Haití y el Santo Domingo español entre los años de 1801 y 1803, aunque tampoco puede descartarse el hecho de que algunos escaparan de las situaciones revolucionarias que se habían creado por aquellos mismos años en las otras colonias francesas de Martinica y Guadalupe. Un número indeterminado de aquellos apresurados inmigrantes contaba incluso con experiencia en el manejo de las plantaciones esclavistas, especialmente en las destinadas a la producción de azúcar, y también en los llamados productos secundarios tales como el café, el algodón y el añil. La inmigración franco-antillana a Cuba durante aquel período es difícil de cuantificar; pero se ha dicho que alrededor de 30 000 personas abandonaron Saint Domingue a partir de 1793, con destino a otros lugares del Caribe donde se mantenía en pleno desarrollo el sistema de la plantación esclavista, tales como Cuba, Jamaica, Puerto Rico e igualmente algunos estados sureños de Norteamérica. En el caso específico de Cuba puede considerarse que entre 10 000 y 15 000 franco-hablantes pudieron haber llegado casi de golpe a la Isla en aquella co-

yuntura.¹³ Como es conocido, los lugares de arribo más asequibles para los inmigrantes que llegaron a las costas cubanas procedentes de la vecina isla se encontraban localizados en la región oriental; es decir, en sitios relativamente próximos a la convulsionada colonia francesa. A esta favorable realidad de carácter geográfico se unió la positiva disposición asumida por las autoridades de la región oriental con respecto al arribo y asentamiento de los inmigrantes en territorio cubano: en especial la del gobernador del Departamento Oriental Sebastián Kindelán y la del propio gobernador general de la Isla marqués de Someruelos. Por otra parte, se trataba de inmigrantes mayoritariamente blancos que de algún modo debían contribuir a compensar con su influencia y número la presencia creciente de esclavos africanos y de población libre de color en la Isla. En estas circunstancias, tanto la llegada, como la acogida y el asentamiento de

estos hombres y mujeres se convirtió en un proceso no solo importante desde el punto de vista numérico sino además muy positivo, si son tenidos en cuenta los aportes culturales que hicieron al modo de vida, tanto urbano como rural, de aquella región extrema de Cuba.¹⁴ Portadores de diferentes experiencias agrícolas y manufactureras, dinero, y a veces acompañados por sus propios esclavos, los inmigrantes franco-antillanos irrumpieron en los territorios orientales siguiendo el criterio de establecerse definitivamente en la isla receptora, e intentando allí la reproducción de las mismas actividades que habían realizado a lo largo del tiempo en sus lugares de origen. A su esfuerzo y dedicación ha sido atribuida en medida importante la prosperidad de los cafetales que estuvieron situados en las estribaciones de la Sierra Maestra, en Santiago de Cuba y en Guantánamo, sin descontar la positiva influencia cultural que llegaron a irradiar con

¹¹ En su discurso sobre la agricultura, F. de Arango, un esclarecido representante de la oligarquía habanera, expuso a las cortes españolas las aspiraciones que en materia de reformas se precisaban en aquella coyuntura para impulsar el desarrollo de la agricultura en la Isla. Ver: F. de Arango y Parreño. "Discurso sobre la agricultura de La Habana y medios de fomentarla, 1792", en: H. Pichardo. *Documentos para la historia de Cuba (época colonial)*. Editora del Consejo Nacional de Universidades, La Habana, 1961, pp. 180-218.

¹² Estas concesiones están entre las solicitadas por F. de Arango y Parreño en su conocido "Discurso sobre la Agricultura", en ed. cit.

¹³ Sobre este éxodo son especialmente interesantes los trabajos de Franklin W. Knight "El Caribe en época de la Ilustración (1788-1837)"; de Johanna von Grafenstein "El autonomismo criollo"; de Ada Ferrer "Temor, poder y esclavitud"; de Consuelo Naranjo "El temor a la africanización: colonización blanca y nuevas poblaciones en Cuba (El caso de Cienfuegos)", y también el de María D. Luque sobre Puerto Rico "Revolución e inmigración francesas en Puerto Rico, 1789-1815", todos en J. A. Piqueras, coord. *Las Antillas en la era de las luces y la Revolución*. Siglo XXI Editores, Madrid, 2005. En el caso de Cuba, se ha valorado la cifra de inmigrantes procedentes de Haití y Santo Domingo durante aquellos años, entre 25 000 y 30 000 personas. Ver R. Guerra Sánchez. *Manual de historia de Cuba*. Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1962, p. 210., y G. Quesada y Aróstegui. *Emigraciones. Francia, Portugal, Suiza*. Imprenta El Avisador Comercial, La Habana, 1909, p. 15. Sin embargo, J. Pérez de la Riva en *El barracón y otros ensayos* (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 361-433), señala la imposibilidad de que tal cifra haya podido ser cierta, partiendo de la población blanca que existía en Saint Domingue y la cantidad de muertos también blancos habidos en aquel conflicto. Basado en sus propios cálculos de población, este autor propone una cifra quizás algo superior a las 15 000 personas. También Alain Yacou, en "Expulsión de los franceses en el Oriente de Cuba" (revista *Del Caribe*, No. 15, Santiago de Cuba, 1989, pp. 76-77), dice que en 1808 había en Cuba 10 304 de estos franco-antillanos, y que de ellos 9 236 estaban en el oriente, lo cual indica que en el occidente y el centro de la Isla solo se habían establecido 1 128 de estos inmigrantes.

El papel desempeñado por dicha inmigración en la región oriental de la isla de Cuba ha sido investigado por la historiadora cubana Olga Portuondo Zúñiga en *Santiago de Cuba, los colonos franceses y el fomento cafetalero (1798-1809)*. Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1992, y también por C. Padrón. *Franceses en el Suroriente de Cuba*. Ediciones Unión, La Habana, 2005.

¹⁴ F. Pérez de la Riva, ob. cit., pp. 109-112; E. Bacardí Moreau. *Crónicas de Santiago de Cuba*. Madrid, 1873, t. II y C. Padrón. *Franceses en el Suroriente de Cuba*, ed. cit.

respecto a los entornos sociales más próximos a sus asentamientos.¹⁵ Como evidencia material de la existencia de estos asentamientos cafetaleros todavía hoy se conservan restos de muchas de dichas instalaciones, tanto en los alrededores de Santiago de Cuba, en el oriente cubano, como en las zonas más elevadas del occidente cubano. A causa de la presencia de este tipo de inmigrantes con capacidad e iniciativa para emprender explotaciones agrícolas, la demanda de tierras de labor se hizo sentir con fuerza especial en la parte más oriental del país; se elevó su precio y se estimuló un proceso de redistribución de aquel fundamental medio de producción.¹⁶ Los itinerarios seguidos por los inmigrantes que continuaron llegando con posterioridad a Cuba indican con claridad la existencia de una distribución más extensa que alcanzó a casi todo el territorio nacional, incluida su ubicación en las principales zonas de fomento agrícola del occidente.

No obstante los positivos resultados obtenidos en la producción de café a partir de la implantación de los inmigrantes franco-antillanos que llegaron a Cuba en la última década del siglo XVIII y los inicios del XIX, la integración y estabilidad de estos en las zonas de montaña en que se estableció la mayoría, al parecer debió afrontar en algunos momentos ciertas manifestaciones inamistosas, especialmente en el ámbito de algunas ciudades; puesto que en términos

generales dichos inmigrantes continuaron siendo considerados por algunos sectores de españoles asentados en la Isla como extranjeros "franceses" y por ello vistos con recelo. Por otra parte, su presencia en la Isla se mantuvo en alguna medida bajo la óptica de la política de alianzas y enfrentamientos seguida por España en sus relaciones internacionales, en especial con respecto a la posesión de territorios en América por parte de otras potencias europeas. Esta situación se hizo particularmente aguda para aquellos hombres y mujeres, a causa de la postura que fue asumida con respecto a dichos inmigrantes por algunos grupos de españoles nativos que vieron en la competencia demostrada por los franco-antillanos en la agricultura, el comercio y los servicios, un peligro para sus intereses personales. Esto se manifestó de manera muy especial durante la invasión y ocupación del territorio peninsular por los ejércitos napoleónicos. A diferencia de casi todas las capitánías y virreynatos de Hispanoamérica, donde a partir de aquel momento se crearon juntas de gobierno propio y se dieron fórmulas diversas que culminarían años después con la independencia, el asunto fue asumido de manera bien distinta en la isla de Cuba. Las clases dirigentes de la mayor colonia de las Antillas se unieron en una estrecha alianza con los funcionarios de la corona para adoptar una política de alineamiento con la monar-

quía borbónica y de fidelidad a España, más parecida a la de Brasil por la misma época y por causas parecidas. Esta situación justificó la adopción de una postura oficial de beligerancia con respecto a la Francia imperial, que fue seguida de injustificadas presiones por parte de algunos grupos urbanos a favor de la expulsión de los franco-antillanos que habían arribado a Cuba como expatriados desde la década final del siglo XVIII y, además, la confiscación de sus bienes en la Isla. Se ha dicho que en 1809, y como resultado de los motines que tuvieron lugar en La Habana y otras ciudades contra los franceses, fueron expulsados de Cuba alrededor de 6 000 franco-antillanos de los que estaban establecidos en las montañas de Oriente y también en las llanuras habaneras de San Nicolás, Alquizar y Artemisa, por lo cual quedaron abandonadas muchas de las instalaciones agrícolas que habían sido fomentadas por ellos.¹⁷ Sin embargo, al parecer, esas medidas se dirigieron sobre todo a dispersar las concentraciones de franco-antillanos que existían en algunas ciudades como La Habana o Santiago de Cuba y que competían ventajosamente con los españoles en el comercio de estas plazas, así como en los servicios y algunas otras formas menos legales de subsistencia.¹⁸

En épocas posteriores hubo nuevos arribos y también retornos de inmigrantes galos procedentes de la Luisiana. La constante presencia de apellidos franceses y otros extranjeros, tales como estadounidenses o alemanes, entre los propietarios de cafetales en el occidente y oriente de la Isla podría constituir un indicador a tener en cuenta para conocer mayores detalles sobre la diseminación de los franco-antillanos por el territorio cubano a mediados del siglo XIX, y saber en qué medida pudo producirse el éxodo de estos a causa de estas medidas represivas.¹⁹ Se supone que una parte de los inmigrantes expulsados entre 1808 y 1809 regresaron de nuevo a la Isla, procedentes de distintos puertos estadounidenses y de las islas de Jamaica, Santo Tomás, o San Bartolomé, una vez que se hubieron calmado los ánimos políticos.²⁰ Por otra parte, es sabido que en la también antillana colonia española de Puerto Rico, durante esta misma coyuntura histórica, los hechos se comportaron de manera parecida; aunque allí los procedimientos de expulsión y confiscación de bienes a los 2 290 inmigrantes procedentes de las vecinas colonias francesas que había en esa isla quizás fueron aplicados de manera flexible y por ello menos lesiva, tanto para la permanencia de los inmigrantes como para el desempeño de las actividades eco-

¹⁵ Francisco Pérez de la Riva en su libro realiza una descripción pormenorizada de los aportes franceses a la cultura no solo cafetalera sino general, de los inmigrantes franco-antillanos a Cuba. En este aspecto también centra su interés, entre otros, C. Padrón, en la obra *Franceses en el Suroriente de Cuba*, ed. cit.

¹⁶ No puede ignorarse la gran diferencia de precios que tenían las tierras en las llanuras de occidente con respecto al valor asignado a estas en las zonas montañosas, especialmente en las situadas en el despoblado Departamento Oriental. Ver de O. Portuondo Zúñiga. "La región de Guantánamo: de la producción de consumo a la de mercancías", revista *Del Caribe*, año IV, No. 10-87; y *Santiago de Cuba, los colonos franceses y el fomento cafetalero (1798-1809)*, ed. cit.

¹⁷ F. Ponte Domínguez. *La Junta de La Habana en 1808*. Editorial Guerrero, La Habana, 1947, p. 114, y L. Marrero. *Cuba, economía y sociedad*. Industrias Gráficas Parejo, Madrid, 1983, t. II, p. 19.

¹⁸ J. Pérez de la Riva realiza aclaraciones fundamentadas acerca de esta cuestión en "La implantación francesa en la cuenca superior del Cauto". Ver: *El barracón y otros ensayos*, ed. cit., pp. 370-376. Por otra parte, en las estadísticas que se han compilado para el presente trabajo, las exportaciones de café durante los años de 1808, 1809 y 1810 aparecen en ascenso continuo, lo cual podría desmentir la tesis del abandono de los cafetales.

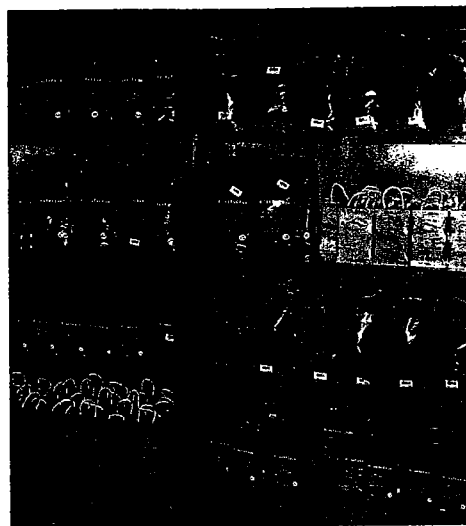
¹⁹ Francisco Pérez de la Riva en su libro sobre *El café...* ofrece datos acerca de los propietarios de cafetales en el occidente de Cuba a mediados del siglo XIX. La presencia de apellidos franceses entre ellos es extraordinaria, ya que puede ascender a 25 o 30 % del total.

²⁰ I. García González. "Baracoa: formación de una región histórica en Cuba". Tesis doctoral inédita. Universidad de La Habana, La Habana, 2006, p. 123.

nómicas que estos solían realizar en aquella otra colonia española de las Antillas.²¹

EL RUMBO SEGUIDO POR LAS EXPORTACIONES DE CAFÉ

Los datos que informan sobre el comportamiento de la exportación de café desde Cuba durante los siglos XVIII y XIX permiten comprobar si realmente las aspiraciones de las élites criollas llegaron a ser colmadas durante las primeras décadas del siglo XIX en cuanto al desarrollo de las exportaciones cafetaleras, tal como lo había sido en el caso de la fabricación y exportación de azúcar. Si se toma como base el aporte que solía realizar Saint Domingue al mercado cafetalero europeo en el año 1789, un total de 662 865 quintales de grano, o lo que es lo mismo, 33 143 tm,²² puede afirmarse que la exportación cubana de café correspondiente a 1790 era todavía muy exigua, ya que en ese año Cuba solo había alcanzado a exportar la insignificante cantidad de 1 852 quintales (92,5 tm), probablemente después de satisfacer la todavía incipiente demanda interna de este producto. No obstante, estas pequeñas cifras comenzaron a modificarse en sentido ascendente antes de la llegada masiva de los franco-antillanos, ya que en 1798 dicho monto había logrado crecer en dos veces y media,²³ lo cual podía ser considerado como un signo muy positivo. Después de los grandes arribos de inmigrantes que se pro-



COMERCIALIZACIÓN DEL CAFÉ CUBANO.

dujeron entre 1801 y 1802, el ritmo de crecimiento de las exportaciones cafetaleras se hizo más intenso, hasta llegar a cifras parecidas a las que habitualmente había suministrado Saint Domingue al mercado europeo en los momentos más esplendorosos de aquella antigua colonia. Por ejemplo, en el año de 1827, Cuba alcanzó por vez primera un monto superior a las 25 000 tm de café en sus exportaciones, para llegar a la cifra record de 32 579 tm en el año de 1833. Para ilustrar de manera sintética la tendencia que siguieron las exportaciones de café en la mayor de las Antillas entre 1790 y 1863, se inserta la siguiente tabla:

Tabla No. 2
Exportaciones de café realizadas
por Cuba entre 1775-79 y 1875-79
(Valores medios quinquenales expresados
en toneladas métricas)

Quinquenio	Media quinquenal (tm)
1775-1779	6
1780-1784	23
1785-1789	45
1790-1794	260
1795-1799	90
1800-1804	625
1805-1809	2 670
1810-1814	7 410
1815-1819	9 420
1820-1824	10 140
1825-1829	17 500
1830-1834	23 130
1835-1839	19 330
1840-1844	20 100
1845-1849	8 660
1850-1854	6 220
1855-1859	3 470
1860-1864	4 480
1865-1869	940
1870-1874	80
1875-1879	18

Fuentes: A. Santamaría y A. García Álvarez. *Economía y colonia. La economía cubana y la relación con España. 1765-1902*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2004, cuadro 1.16, p. 127. Ver también datos de J. de la Pezuela, ob. cit., t. I, p. 225; de A. de Humbolt. *Ensayo político de la Isla de Cuba*. Ediciones Doce Calles, Madrid, 1998, p. 244, y de F. Pérez de la Riva Pons, ob. cit., p. 88.

Como se puede apreciar con claridad, los grupos de años más exitosos para este negocio en Cuba fueron los comprendidos entre 1805 y 1849. En tal proceso de crecimiento de la explotación cafetalera no solo intervinieron los inmigrantes de las Antillas francesas que se fueron asentando en Cuba a partir de 1793, y muy especialmente entre 1801 y 1803. Las perspectivas ofrecidas por tal cultivo a partir de aquellos años fueron lo suficientemente alentadoras como para que también los miembros de las tradicionales élites criollas se convirtieran en plantadores de cafetos, aunque sin abandonar por ello sus grandes intereses azucareros.²⁴

Según las evidencias, en los años iniciales del siglo XIX también el Real Consulado de Agricultura y Comercio se interesó especialmente por implantar los cultivos del aromático grano, como una forma de aprovechar los altos precios de la época. Para ello creó algunos proyectos dirigidos al fomento de plantaciones de café en el occidente, como fue el que puso en práctica para la fundación de los primeros cafetales de San Marcos de Artemisa.²⁵

²¹ La historiadora puertorriqueña María Dolores Luque ha identificado con objetividad las características del proceso de la inmigración francesa a la colonia española de Puerto Rico en esta misma época. Ver: M. D. Luque. "Revolución e inmigración francesa en Puerto Rico, 1789-1815", en: J. A. Piqueras. *Las Antillas en la era de las luces y la Revolución*. Siglo XX, Madrid, 2005, pp. 123-138.

²² J. de la Pezuela, ob. cit., t. I, p. 225.

²³ En este año se exportaron desde Cuba 4 591 quintales de café. J. de la Pezuela Lobo, ob. cit., t. I, pp. 223-224, y F. Pérez de la Riva, ob. cit., p. 19.

²⁴ Entre estos puede hacerse referencia a los condes de Lagunillas, de Jibacoa y de Pozos Dulces; a los marqueses de Cárdenas, de Monte-Hermoso y Duquesne, así como al negroero Joaquín Gómez, y a las familias oligárquicas de Herrera, Sotolongo, Pedroso, Alfonso y Cárdenas. Ver F. Pérez de la Riva, ob. cit., p. 141.

²⁵ En este primer proyecto del Consulado se asignaron 100 caballerías de tierra del corral de San Marcos (1 300 ha) divididas en fincas de alrededor de 50 ha cada una. Se dieron las instrucciones a los labradores para el cultivo del café y se crearon premios para estimular a los mejores cultivadores. M. Isidro Méndez. "Los tres tipos de cafetales de San Marcos de Artemisa", en *Revista Bimestre Cubana*, enero-junio de 1947, p. 218-219.

Aunque el ingenio azucarero era la expresión máxima del poder económico de esta clase de propietarios, el cafetal no lo fue menos en aquella época; pero además, podía ser considerado como una instalación de ambiente menos agresivo y donde podían concentrarse expresiones de mayor refinamiento para el disfrute de la vida rural. Los extranjeros que visitaron la isla de Cuba durante la primera mitad del siglo XIX, atestiguan con reiteración sus experiencias de recorridos por los campos de Cuba, visitando ingenios y cafetales.²⁶ Sus testimonios sobre la vida en la hacienda cafetalera por lo regular fueron contrastados con los que estos mismos viajeros aportaron sobre los ingenios. La actividad industrial del azúcar planteaba el desempeño de una diversidad de tareas coordinadas, complicadas, intensas y urgentes, propias de esta producción en tiempos de zafra. Estas se apoyaban en los enormes esfuerzos físicos que era necesario desplegar por los braceros para las labores de corte y alza de la caña en los campos, así como el ininterrumpido acarreo de la materia prima hacia los molinos, o las tareas destinadas a la fabri-

cación de azúcar, mieles y alcohol. Dichas actividades no dejaban tregua alguna a esclavos, mayores, contramayorales, administradores y técnicos durante la zafra en los ingenios. En el cafetal, aunque las horas de labor diarias también podían ser muchas, entre 15 y 16 horas, el trabajo no solo era más rutinario sino que las tareas de recolección, secado, descerezado, aventado, pulido y envasado, propias de este tipo de instalación, eran menos concentradas y podían extenderse a lo largo de muchos meses cada año, mientras que en el azúcar las jornadas solían ser más largas, hasta 19 horas, pero a la vez más intensas durante un período de tiempo menos extenso.²⁷

Sobre la base de la explotación de la fuerza de trabajo cautiva prosperó el cultivo y exportación del *Coffea arabica* en Cuba durante la primera mitad del siglo XIX. Mientras los precios de los esclavos en el mercado local se mantuvieron con cierta moderación, el hacendado cafetalero estuvo en condiciones de adquirirlos y utilizarlos de manera irrestricta, reuniéndolos en dotaciones de muy diverso tamaño, en dependencia de la cantidad de plantas que

tuviera sembradas en el cafetal. Según el censo de 1841, del total de 436 465 esclavos existentes en la isla, unos 60 000 (el 13,74 %), eran utilizados en haciendas cafetaleras, mientras que los ingenios ocupaban alrededor de 100 000, (el 22,91 %),²⁸ lo cual ofrece una idea de la importancia que todavía entonces mantenía localmente dicho cultivo. Después de 1843 comenzó a modificarse el comportamiento del más significativo indicador de prosperidad de los cultivos cafetaleros en Cuba: el referido a la cuantía de las exportaciones realizadas. Como pudo observarse en la tabla No. 1, desde aquella fecha comenzó una imparable declinación en las exportaciones cubanas del preciado grano. De este modo, si durante el quinquenio de 1860 a 1864, el valor medio alcanzado por la exportación de café llegó a registrar solamente 4 480 tm anuales, en los siguientes quinquenios la declinación se hizo más profunda todavía y, salvo un pequeño repunte al finalizar el siglo, puede considerarse que el importante papel que había llegado a desempeñar este rubro en la agricultura cubana quedó finalmente reducido a la función de abastecedor de una fracción del mercado interno de dicho producto al finalizar la centuria. A continuación se expone una visión general del comportamiento de dicho indicador en el período posterior a la Guerra de los Diez Años; es decir, a partir de 1879, y el año de 1895 en que se inició la definitiva guerra que independizaría a Cuba de España.

Tabla No. 3
Exportaciones de café realizadas por Cuba entre 1880 y 1895
(Valores medios quinquenales expresados en toneladas métricas)

Años	Toneladas métricas
1880-1884	23
1885-1889	7
1890-1894	2 105

Fuente: F. Pérez de la Riva, ob. cit., p. 88.

La abundancia del café en el mercado internacional obró como un elemento de disuasión con respecto a la aplicación de capitales a dicho cultivo en Cuba. Si en Brasil la exportación media entre 1825 y 1834 había sido de alrededor de 1 480 000 quintales (74 000 tm), esta alcanzaría un promedio de 4 400 000 qq (220 000 tm), entre los años de 1845 y 1854. Durante aquellos mismos grupos de años produjo un hecho inverso que deprimió el monto promedio de las exportaciones realizadas por los puertos cubanos, desde los 453 704 qq (27 680 tm) en el primer grupo de años (1825-1834), hasta llevarla a los 166 681 qq (8 334 tm) como promedio anual durante el decenio de 1845 a 1854.²⁹ Durante los diez años siguientes, la media de exportación cafetalera de Cuba se mantuvo sobre tasas parecidas; pero a partir de 1863 se contrajeron drásticamente las exportaciones de este grano hasta llegar a cantidades irrisorias durante el período de la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y

²⁶ Ejemplos muy interesantes de este tipo de testimonio pueden encontrarse para muy disímiles momentos, como fueron los años de 1820, 1833-1834, 1839, 1844, 1851 y 1864. Ver, entre otros: "Cartas habaneras de Francis R. Jameson", en: J. Pérez de la Riva. *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, pp. 92-93; R. R. Madden. *La Isla de Cuba*. Editorial del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1964, pp. 180-185; J. Salas y Quiroga. *Viajes*. Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1964, pp. 179-183; J. G. Wurdemann. *Notas sobre Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969, pp. 126-129, 167, 170-178; F. Bremer. *Cartas desde Cuba*. Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1980, pp. 165-186, y W. Goodman. *Un artista en Cuba*. Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965, pp. 188-195.

²⁷ Sobre los detalles del trabajo esclavo en la producción azucarera en Cuba en la etapa colonial es indispensable la consulta a M. Moreno Fraguas. *El ingenio*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, t. II, p. 29-37. Acerca de estas actividades en el cafetal, ver nuevamente: F. Pérez de la Riva. *El café. Historia de su cultivo y explotación en Cuba*, ed. cit., p. 68 y H. E. Friedlaender. *Historia económica de Cuba*, J. Montero, editor, La Habana, 1944, p. 210.

²⁸ Resumen del censo de población de la Isla de Cuba a fines del año 1841, La Habana, Imp. del Gobierno por S. M., 1842. Tomado de M. C. Barcia, G. García y E. Torres-Cuevas. *La colonia. Evolución socioeconómica y formación nacional*. Editora Política, La Habana, 1994, tabla No. 51, p. 403.

²⁹ Ver H. H. Friedlaender, ob. cit., p. 208; J. A. Saco. *Papeles sobre Cuba*. Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1962, t. II, p. 59 y datos estadísticos del presente trabajo.

toda la siguiente década. Puede considerarse que, salvo los cafetales situados más al occidente de Cuba, el resto de este tipo de instalaciones fue afectado de algún modo por las acciones militares que tuvieron lugar durante aquella contienda. Quizás fuera a causa de los acuerdos comerciales firmados con los EE.UU. en 1891 que las exportaciones de café lograron reanimarse muy discretamente durante los primeros años de la década de los noventa; pero en aquella breve coyuntura las partidas del grano solo llegaron a promediar algo más de los 60 000 quintales (3 000 tm) anuales. Después de transcurrida la nueva guerra por la independencia (1895-1898) que abarcó la totalidad del territorio nacional, al cese de la dominación colonial los cafetales de Cuba se mantenían localizados en pequeñas plantaciones asentadas en lugares intrincados de las montañas, y su destino comercial era el mercado interno de la Isla. Pero para entonces ya se había extendido por las zonas montañosas de la región del nororiente cubano otro cultivo tropical que abriría nuevas perspectivas económicas para aquella región: el del banano.³⁰

¿Qué factores concurrieron para que después de haber alcanzado logros tan importantes en el cultivo y exportación del aromático grano, se produjera un proceso de decadencia de tal naturaleza y rapidez? La respuesta debe ser buscada en un conjunto de circunstancias que accionaron negativamente sobre el desenvolvimiento de los cultivos cafetaleros en Cuba invirtiendo la tendencia general que había seguido su

crecimiento hasta la década de los cuarenta del siglo XIX. Entre estas se encuentran dos puramente económicas: una de ellas resultante de la concurrencia del producto a los mercados internacionales y la otra dependiente del precio de los esclavos en el mercado local; también deben ser tenidos en cuenta aquellos otros elementos de carácter social y también los políticos, sin descontar algunos más de carácter eventual e impredecible, como son los climáticos. La acción conjunta de factores de tan variada naturaleza al final logró imponer a corto plazo un ritmo depresivo a las exportaciones cafetaleras efectuadas por la colonia de Cuba. En tal conjunto de factores fueron determinantes aquellos relacionados con los cambios dictados mediante la política arancelaria seguida por España con respecto a sus colonias a partir de 1838, y la modificación de las imposiciones fiscales a los productos extranjeros con el objetivo de proteger las exportaciones de mercancías desde la metrópoli hacia sus colonias. La combinación de tales medidas afectó directamente las relaciones mercantiles con el principal mercado comprador del café cubano: los Estados Unidos de América, que no tardó en imponer represalias a las importaciones que, como el café, eran habitualmente realizadas desde las vecinas colonias españolas.³¹

Otro elemento de gran importancia para comprender este proceso de decadencia fue el de la especialización productiva. Pueden reconocerse las abismales diferencias de rentabilidad que llegaron a existir entre las in-

versiones cafetaleras y las azucareras. Aún en los momentos del mayor auge de la plantación cafetalera en Cuba (1827) existía una clara conciencia de que las inversiones aplicadas a este tipo de plantación rendían la mitad de aquellas otras destinadas a la instalación de ingenios azucareros. Se señala, además, que por esta causa ya se había iniciado en Cuba un proceso de demolición de fincas cafetaleras para dedicarlas a la producción de caña de azúcar. Esto puede ser confirmado mediante la comparación entre los productos brutos que solían lograrse mediante las inversiones realizadas en ingenios y cafetales en 1830, al relacionarse con los capitales invertidos en cada uno de estos sectores de la agricultura tropical. El resultado de este cálculo arroja un producto bruto equivalente al 10,57 % del capital en el caso de las haciendas azucareras y solo un 5,04 % para el de las cafetaleras.³² Esta sustancial diferencia de rentabilidad influiría decisivamente en la "invasión" de los llanos y colinas occidentales por las plantaciones de la dulce gramínea y, como resultado de ello, el traslado de las concentraciones de cafetales hacia zonas más elevadas y apartadas donde el precio de las tierras solía ser más bajo.

Como es conocido, hasta finales del siglo XIX el espacio físico de la región de Occidente era considerado como la más importante zona generadora de riqueza en Cuba, y además la más poblada.³³ También se ha dicho que el café había sido introducido en la Isla dos siglos después de haberlo hecho con

la caña de azúcar y de haberse iniciado su explotación comercial en esta región. Durante las últimas décadas del siglo XVIII los intereses de las élites coloniales ya se encontraban lo suficientemente consolidados como para desplegar una ofensiva en favor de la ampliación irrestricta de los cultivos cañeros. Dicha ofensiva se había proyectado en dos direcciones principales: la primera tuvo como objetivo la derogación de aquellas regulaciones que restringían la libre disposición de los terrenos cubiertos de bosques, ya que según las leyes las reservas madereras debían ser preservadas para la construcción naval. La otra dirección se orientó a ejercer presiones en favor de la erradicación de las vegas de tabaco que aún existían dentro de las primitivas haciendas y así despejar los espacios necesarios para que los terrenos liberados fuesen ocupados con siembras de caña de azúcar. En estas direcciones y también en algunas otras, los azucareros lograron finalmente vencer la resistencia de los intereses oficiales, y también de los privados que les resultaban adversos. No obstante, como se ha explicado, la rentabilidad fue el "talón de Aquiles" del cafetal cubano; sobre todo al relacionarlo comparativamente con la del ingenio azucarero de aquella época. Mientras la rentabilidad de los cultivos cafetaleros se mantuvo dentro de parámetros aceptables, las inversiones en dicho negocio pudieron justificarse y además reproducirse de manera ampliada; por ello puede entenderse el que ambas explotaciones, la del café y la de la caña

³⁰ A. Santamaría y A. García Álvarez. *Economía y colonia. La economía cubana y la relación con España. 1765-1902*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2004, cuadro II, 7, p. 270.

³¹ A. Santamaría y A. García Álvarez, ob. cit., p. 128.

³² Cuadro estadístico de la Siempre Fiel Isla de Cuba correspondiente al año de 1827. La Habana, Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M., p. 29 y R. Guerra Sánchez, ob. cit., p. 308.

³³ Esta región comprendía las jurisdicciones que después de 1878 formaron parte de las provincias de Pinar del Río, La Habana, Matanzas y Santa Clara.

de azúcar, estuvieran en condiciones de compartir durante algún tiempo el uso de los privilegiados espacios agrícolas del occidente de Cuba. Pero en la medida en que los precios de mercado del grano declinaron, las inversiones cafetaleras se hicieron comparativamente menos rentables. Esto trajo como resultado que las plantaciones que habían estado dedicadas al cultivo del *Coffea arabica* comenzaran a desaparecer de los espacios que habían ocupado antes en las llanas y onduladas tierras de la región occidental, y pasaran a ser sustituidas por plantaciones de caña de azúcar. Fue así como muchos de los celebrados cafetales de Cuba cedieron ante el avance de la agroindustria del azúcar en los llanos y colinas de las hoy provincias de Pinar del Río, La Habana, Matanzas y Cienfuegos, para concentrarse en las serranías más altas y húmedas que se encuentran tanto en la zona más occidental de la Isla (Sierra del Rosario y Cordillera de los Órganos) como en las ya tradicionales zonas cafetaleras de la región oriental (Guantánamo y Santiago de Cuba).

Fue otro factor asimismo de carácter económico, pero a la vez de gran trascendencia social, el que influyó de manera importante sobre la declinación de la producción y ex-

portación del café en Cuba. Los efectos particularmente desastrosos que la utilización del trabajo esclavo llegó a tener para la economía cafetalera demostraron, como en ningún otro caso, la fragilidad de este tipo de explotación agraria en la Isla. En este sentido, la empresa azucarera, quizás por la envergadura del propio negocio, y por el entramado de intereses fundamentales en que estaba asentada, y además, por las soluciones que se instrumentaron para su preservación,³⁴ logró sobrevivir con éxito y aún extender sus áreas productivas durante toda la segunda mitad del siglo XIX, no obstante las dificultades y contradicciones que el sistema esclavista de producción podía oponer indistintamente al desarrollo de ambas plantaciones. A pesar de que las dos fueron afectadas por las mismas circunstancias adversas en materia de empleo de la fuerza de trabajo, el cultivo cafetalero no llegó a trascender con éxito la sexta década de la decimonónica centuria.³⁵ Pero el secreto de tal disparidad no debe ser buscado exclusivamente en la diferencia de productividad que se obtenía del trabajo de los esclavos en uno y otro caso, sino también en la capacidad de cada sector específico para afrontar los cambios que se produjeron en los merca-

dos internacionales, así como en las particulares consecuencias de algunos hechos violentos que se produjeron a partir de las graves contradicciones existentes en el seno de la sociedad cubana.

Como es conocido, el crecimiento que tuvo lugar en la producción y exportación de azúcar y de café en Cuba durante la primera mitad del siglo XIX, se realizó a partir del constante ingreso de esclavos africanos al país. Dicho flujo pudo contar inicialmente con el apoyo que le proporcionaba la decretada libertad para importar africanos cautivos y, después, con la tolerancia oficial que siempre existió con respecto a la trata clandestina. La colocación de este comercio al margen de la legalidad no logró en modo alguno la reducción del abominable comercio, sino que más bien provocó el encarecimiento de los precios de los esclavos, hasta duplicarlos.³⁶ Pero el problema del aumento de estos precios en relación con el cultivo cafetalero local era algo que se conectaba estrechamente con otro aspecto del mercado internacional del grano: el de la competencia. En él tuvo que ver el éxito que co-

menzó a mostrar la plantación esclavista cafetalera en Brasil a partir de aquellos mismos años, y que convertiría a ese país en el principal exportador del grano a escala internacional.³⁷ Es un hecho que Cuba debió comenzar a reducir la importación de esclavos africanos a partir de 1844, y acudir desesperadamente a la importación de *coques* y de yucatecos de origen maya, como opciones para mantener a todo trance el suministro de fuerza de trabajo a sus plantaciones. Sin embargo, Brasil en esos mismos años logró incrementar sus importaciones de africanos hasta llegar a cifras superiores a los 50 000 anuales en 1846 y 1847.³⁸ Como puede suponerse, a causa de las dificultades con la trata clandestina, en Cuba se produjeron incrementos en los precios de los esclavos, lo que afectaría negativamente la rentabilidad de las explotaciones agrarias. Aunque por entonces Brasil también debió encarar problemas con la trata de africanos, desde Cuba el asunto era visto con una particular preocupación por parte de los productores esclavistas, ya que por entonces se afirmaba que los precios de los esclavos en aquel

³⁴ No es ocioso mencionar aquí la obtención del llamado "privilegio de ingenios", que no era otra cosa que la protección legal de los ingenios contra el embargo por deudas. Pero los cafetales carecían de esta protección y podían ser embargados por deudas u obligados a ventas forzosas si no pagaban las cargas fiscales. H. Friedlaender, ob. cit., p. 208.

³⁵ Debe tenerse en cuenta que de los 2 067 cafetales que había en Cuba en 1827, en 1862 solo quedaban en producción 690. Donde se aprecia la mayor reducción en el número de estas plantaciones es en la región de Occidente. En ella existían 1 207 cafetales en 1827, pero en 1862 el número de ellos quedó reducido a 276. Ver: M. C. Barcia, G. García y E. Torres-Cuevas, *La colonia...*, ed. cit., anexos, tabla No. 15, p. 476. Para el mismo año de 1862, F. Pérez de la Riva en su libro *El café, historia de su cultivo y explotación en Cuba*, ed. cit., p. 81, ofrece la cifra de 782 cafetales para 1862. H. Friedlaender, en su *Historia económica de Cuba*, ed. cit., p. 78, coincide con Pérez de la Riva al afirmar que en el año anterior, 1861, todavía existían en la Isla 996 cafetales; es decir, solo en un año (1861-1862) habían dejado de producir 218 cafetales. De todos modos, puede aceptarse la idea de que en el período de 1827 a 1862 fueron demolidos en Cuba entre 1 285 y 1 377 cafetales.

³⁶ Durante los años de importación libre de esclavos en Cuba (1792-1817), los precios promediaban los 245 pesos fuertes (pfs). Por las mismas fechas, el número de esclavos importados se incrementó desde 9 576 en 1792 hasta 30 382 en 1817, año en que se firmó el primer acuerdo con Inglaterra para la supresión de la trata negrera. Después del segundo acuerdo con Inglaterra (1835) y por lo menos hasta 1840, la importación de braceros esclavos se mantuvo para una media anual cercana a los 30 000 africanos; pero para entonces ya los precios habían ascendido hasta una media de 450 pfs.

³⁷ El crecimiento de las exportaciones brasileñas de café se hizo notar a partir de 1818, cuando se lograron exportar solo por Río de Janeiro 474 972 quintales de café (28 748 tm), y se llegó hasta los 2 354 854 quintales (117 742 tm) en 1828. Según el polemista cubano J. A. Saco, para entonces la población esclava de Brasil ascendía a 1 910 000 esclavos, con relación a una población total de 3 350 000 habitantes. Ver J. A. Saco, "Análisis de una obra sobre Brasil", en: *Papeles sobre Cuba*. Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1962, t. II, p. 59 y 65.

³⁸ Según las fuentes consultadas, en el año de 1840 las colonias españolas de las Antillas importaron 14 470 esclavos, mientras Brasil importaba en ese mismo año 30 000. En 1847, las colonias españolas importaron alrededor de 1 500 esclavos y Brasil 57 800. Ver: "Memoria del número de esclavos computados como Exportados de África hacia Occidente de 1788 a 1840". Informe del Comité de la Trata de Esclavos; R. R. Madden. *La Isla de Cuba*. Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1964, p. 213; M. C. Barcia, *Burguesía esclavista y abolición*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, anexos 1 y 9; y J. A. Saco, ob. cit.

importante país exportador de café eran sumamente bajos en relación con los vigentes en Cuba, puesto que, según se afirmaba, allí los precios se mantenían en un rango de entre los 120 y 150 pesos fuertes (pfs),³⁹ mientras que en la Isla, hasta la década de los cuarenta solían, costar sobre los 450 pfs por lo menos, y hasta a cifras superiores a los 1 200 pfs a partir de la década de los cincuenta.⁴⁰ Sin embargo, la demanda generada principalmente por la industria del azúcar había seguido alimentando el flujo clandestino de braceros desde las costas africanas hacia Cuba. Esta situación contribuyó a profundizar el desequilibrio social y étnico que ya existía en la estructura poblacional del país, y también la distribución de los esclavos por sectores económicos. Como se ha afirmado antes, según los registros oficiales en 1841 la producción de azúcar ocupaba el 22,91 % de los esclavos que había en la Isla. Aun así, ya por entonces era evidente la menor capacidad de ocupación de la explotación cafetalera, lo cual se reflejaba en el número de cautivos empleados en dichas plantaciones, el 13,74 % del total de aquel mismo año. Transcurridos veinte años, las exportaciones de café desde la mayor de las Antillas se habían reducido considerablemente (ver tabla No. 2). Para entonces la producción de azúcar empleaba

172 671 esclavos (46,85 % del total), mientras que los brazos cautivos utilizados en la explotación cafetalera quedaban reducidos a la cifra de 25 942, el 7,03 % del total de esclavos empleados en Cuba en aquel año.⁴¹ Precisamente, en el año 1862 Cuba todavía alcanzó a exportar 185 385 quintales (9 269 tm) de café; esa sería la última cifra de cierta importancia que se lograría en cuanto a la venta de café cubano al extranjero. Pero, además de los problemas de los precios del grano en el mercado internacional generados por la competencia de otros productores más eficientes y del aumento en los precios de los esclavos en el mercado local, ¿qué factores de carácter más eventual pudieron contribuir a que se produjera una reducción tan drástica de la producción cafetalera cubana como para provocar su progresiva e irreversible decadencia a partir de la década de los cuarenta del siglo XIX?

NATURALEZA Y SOCIEDAD CONVULSIONARON AL UNÍSONO

Como resultado del desarrollo de una economía basada en la explotación de la fuerza de trabajo esclavizada, en Cuba se había

producido en la primera mitad del siglo XIX una situación de profundo desequilibrio social y étnico. Desde finales del siglo anterior esta situación había quedado definida con claridad. Según el registro de población correspondiente a 1827, la población total en aquel año estaba compuesta por 311 051 blancos, 106 494 "libres de color" y 286 942 esclavos, para un total de 704 487 habitantes, de ellos 393 436 habitantes descendientes de africanos. Se conoce que en la década de los cuarenta la población blanca había aumentado a 425 767 personas y la "libre de color" también había crecido hasta llegar a las 149 226 almas; sin embargo, en esta última fecha la población esclava aparecía formalmente reducida a 323 759 personas; alrededor de 50 000 menos que en el registro anterior.⁴² Pero esta simple relación numérica no puede explicar la situación que a partir de 1845 afectó definitivamente el comportamiento de la producción cafetalera en Cuba. Para ello deben tenerse en cuenta dos factores más: uno de carácter profundamente social derivado de la situación anterior, y otro resultante de la acción incontrolable de la naturaleza.

El aumento del grado de explotación de los esclavos como resultado de la intensificación y expansión de la agroindustria del azúcar con su secuela de afectaciones a las condiciones de vida de estos, había generado frecuentes movimientos de rebeldía entre la población

cautiva, así como actos de fuga desde las plantaciones hacia las montañas más cercanas a las haciendas. Por ello, durante toda la primera mitad del siglo XIX los actos de este tipo en las zonas productoras de azúcar y de café constituyeron casi una constante. Como respuesta a estas acciones violentas o de evasión siempre estuvo presente la acción represiva que ejercían los plantadores y sus mayores, por lo regular de común acuerdo con las autoridades de cada partido o jurisdicción. Atenazada entre dos grandes huracanes que sucedieron a una profunda sequía en el occidente de la Isla (1844 y 1846),⁴³ se produjo un levantamiento de esclavos que involucró las dotaciones de varios cafetales e ingenios en los llanos de la hoy provincia de Matanzas. A la concertada beligerancia de dichas dotaciones y sus acciones para incorporar mayores grupos de esclavos siguió un sangriento proceso represivo destinado al escarmiento de las poblaciones cautivas del país, que se conoce históricamente como Conspiración de la Escalera. Al parecer, esta fue la coyuntura que dio el último impulso a la salida de los cafetales de la llanura roja meridional del occidente cubano, dejando aquellos privilegiados espacios, libres de una vez a la avasalladora expansión del azúcar. Una clara evidencia de los efectos irreversibles que esta situación logró provocar sobre la agricultura cafetalera del occidente insular puede apreciarse en el

³⁹ Según afirmaciones hechas desde Cuba en aquella época, la superabundancia de esclavos en Brasil alrededor de 1829 hizo bajar considerablemente los precios de los esclavos, y hasta venderlos a plazos, por lo cual quedaron arruinados muchos tratantes de mercancía humana. Ver nuevamente: J. A. Saco. *Papeles sobre Cuba*, ed. cit., t. II, p. 70 y F. Pérez de la Riva, ob. cit., p. 68. No obstante, los resultados ofrecidos en tablas estadísticas por H. S. Klein ("El comercio atlántico de esclavos en el siglo XIX y el suministro de mano de obra a Cuba y Brasil"), y por L. W. Bergard ("Los mercados americanos de esclavos en la década de 1850. Una mirada comparativa a la subida de los precios de los esclavos en los Estados Unidos, Cuba y Brasil") no parecen coincidir exactamente con estos datos. Ver ambos trabajos en J. A. Piqueras, comp. *Azúcar y esclavitud en el final del trabajo forzado*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2002, pp. 48, 150 y 151.

⁴⁰ M. C. Barcia. *Burguesía esclavista y abolición*, ed. cit., anexo No. 9, p. 176.

⁴¹ M. C. Barcia, G. García, y E. Torres-Cuevas, ob. cit., tabla No. 51, p. 403.

⁴² *Ibíd.*, Anexo, tabla No. 2, p. 468.

⁴³ En octubre de 1844 cruzó Matanzas el primero de estos huracanes de gran intensidad; el segundo lo hizo también por Matanzas y en el propio mes de octubre, pero afectando además todo el occidente. *Atlas Nacional de Cuba*. 1970. La Habana, 1970, p. 43. Los efectos de los huracanes sobre las plantaciones de café y de caña de azúcar son diferentes, sobre todo por el tiempo necesario para la recuperación de los sembrados en cada caso.

comportamiento que siguieron los embarques de dicho grano por los principales puertos exportadores de café en aquella época: los de La Habana, Matanzas y Santiago de Cuba. Como se ha dicho antes, los dos primeros están enclavados en la zona más afectada por los ciclones de 1844 y 1846, y además fueron centros de la gran acción represiva desplegada contra la población esclava y algunos sectores de la población libre durante aquellos mismos años. También es evidente que dichos reveses no afectaron de manera importante el comportamiento de las exportaciones cafetaleras por el puerto de Santiago de Cuba, vía privilegiada para la salida del grano producido en aquella región extrema de la Isla. La siguiente tabla ofrece algunos datos comparativos que permiten demostrar tal afirmación.

Tabla No. 4
Estado comparativo de las exportaciones de café realizadas por los puertos de La Habana, Matanzas y Santiago de Cuba, expresados en toneladas métricas
Años seleccionados: 1830, 1835, 1840, 1845, 1850, 1855, y 1860

Años	La Habana	Matanzas	Santiago
1830	13 215	3 606	1 752
1835	9 917	2 069	5 323
1840	15 357	4 268	3 892
1845	2 131	137	3 314
1850	2 123	193	4 257
1855	384	8	5 166
1860	45	10	2 292

Fuente: J. de la Pezuela Lobo. *Diccionario Geográfico, Histórico, Estadístico de la Isla de Cuba*, ed. cit., t. 2, p. 215; t. 3, p. 347 y t. 4, p. 58.

LAS HUELLAS DEL ESPLENDOR CAFETALERO

De toda esta historia acerca del auge y posterior declinación de la producción cafetalera en la mayor de las Antillas, así como de las noticias sobre la opulencia, el orden y el sosiego que al parecer existía en aquellas plantaciones en sus años de mayor esplendor, han quedado registrados importantes conjuntos de datos organizados en los repertorios estadísticos o plasmados en las fuentes cartográficas; pero sobre todo, se han conservado las crónicas y los testimonios escritos por hombres y mujeres que visitaron aquellas instalaciones a lo largo de casi todo el siglo XIX. Como valiosas reliquias portadoras de información y a la vez propiciadoras de goce estético, en época más reciente se ha logrado la identificación, estudio y protección de algunas evidencias materiales que se habían conservado por puro milagro, expuestas durante más de un siglo al albedrío de la naturaleza y a la acción depredadora del hombre. Ellas constituyen las huellas del breve esplendor cafetalero que tuvo la isla de Cuba durante la primera mitad del siglo XIX.

La sustitución de la caficultura por la plantación azucarera en las fértiles llanuras del occidente de la isla significó la casi absoluta supresión de cualquier tipo de evidencia material que previamente hubiera existido sobre el paso del café por aquellos llanos y colinas. Sitios de valor patrimonial reconocido por su excepcionalidad, como el titulado Cafetal Angerona, situado en la zona de San Marcos de Artemisa o Cayajabos, en el occidente de la isla, es recordado sobre todo como el cafetal que allí existió antes de 1860, aunque después fuera transformado en ingenio azucarero con máquina de vapor y una dotación de alre-

dedor de 90 esclavos.⁴⁴ Los arcos de medio punto de su casa de vivienda y las estatuas de sus jardines permiten evocarlo como lo que fue antes, no obstante la metamorfosis sufrida por su destino productivo. En la toponimia de algunos otros lugares de occidente todavía se registran nombres de fincas cañeras o de ingenios azucareros que en algún momento anterior fueron cafetales.

A pesar de la aplastante acción desempeñada por la expansión territorial del azúcar y los cultivos menores, o el impacto provocado por la urbanización de los terrenos agrícolas, todavía hoy se conservan algunas otras evidencias materiales de interés, como la casa de vivienda del cafetal La Aurora, en el Wajay, ubicada, según la tradición oral, en el supuesto emplazamiento que tuvo el primer cafetal que se estableció en la Isla. Otros sitios arqueológicos, representativos de la presencia del café en el occidente, se encuentran dispersos por las estribaciones de la Sierra del Rosario y también en lo alto de las Lomas del Cuzco, en la provincia de Pinar del Río, para llegar a un aproximado medio centenar. Nombres como La Unión, Santa Catalina, Beriz, El Liberal, Buenavista, La Victoria, La Ermita, La Serafina, El Salón, constituyen ejemplos de los sitios que todavía se conservan en lo alto de dicha sierra. Estas evidencias arqueológicas consisten en restos de construcciones de mampostería, piedra o ladrillo, que indistintamente

puéden haber correspondido a casas, almacenes, hornos de cal, secaderos y tahonas, aunque incluso se conservan algunos arcos que con seguridad fueron pórticos de entrada o partes de sistemas de acueducto destinados al beneficio del aromático grano.⁴⁵

En las que fueron las más importantes concentraciones cafetaleras de la isla y, sobre todo, las que ininterrumpidamente se han mantenido en producción hasta nuestros días, como lo son las situadas en la región oriental, se han conservado asimismo varias decenas de sitios de disímil valor arquitectónico e histórico y diferentes grados de conservación. El más importante y completo de la Isla hasta el momento lo constituye el cafetal La Isabelica, en la Gran Piedra, cerca de Santiago de Cuba. En él se conservan restauradas, no solo la casa de vivienda sino también algunas de las principales instalaciones destinadas al procesamiento del grano. Con mucho menor grado de conservación aún se encuentra en aquel elevado paisaje la casa señorial del cafetal Fraternité, en espera de una restauración que permita la preservación de sus características arquitectónicas, tales como las cubiertas de materiales ligeros y el puntal elevado, a cuatro aguas, típicas de este tipo de construcciones durante el siglo XIX, tanto en el oriente como en el occidente de la Isla.⁴⁶ Localizados y ahora protegidos están igualmente otros sitios de diverso valor como patrimonio mate-

⁴⁴ La transformación del destino productivo de esta hacienda ha quedado registrada por J. García de Arbolea. *Manual de la Isla de Cuba: compendio de su historia, geografía, estadística y administración*. Imprenta del Tiempo, La Habana, 1859 y por C. Rebello. *Estados relativos a la producción azucarera de la Isla de Cuba*. Intendencia del Ejército y Hacienda, La Habana, 1860, Apéndice I.

⁴⁵ Para algunas precisiones sobre los cafetales de la Sierra del Rosario e ilustraciones dibujadas en los propios sitios, ver nuevamente: J. F. Ramírez Pérez y F. A. Paredes Pupo. *Los cafetales de la Sierra del Rosario (1790-1850)*, ed. cit., y también L. Domínguez en "Las ruinas de los cafetales de la Sierra del Rosario. Pinar del Río", en: *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. Centro de Antropología. Editorial Academia, La Habana, 1991.

⁴⁶ Detalles sobre las implantaciones cafetaleras en el oriente pueden apreciarse en C. Padrón. *Franceses en el Suroriente de Cuba*, ed. cit.

rial; tales son: El Olimpo, Le Grand Colin, El Infierno, y otros más. A diferencia de muchos ingenios azucareros, cuya demolición es más reciente, los restos de los antiguos cafetales coloniales debieron resistir el abandono de más de un siglo de olvido, hasta que a finales de la década de los sesenta del pasado siglo XX se realizaron los primeros estudios para su identificación.⁴⁷

Como se ha mostrado, aunque los cultivos cafetaleros se iniciaron muy temprano en Cuba, la transformación de sus productos en objeto de exportación comenzó a manifestarse tímidamente solo en las últimas décadas del siglo XVIII. Como en los casos del azúcar, el café y otros cultivos, la destrucción total de la agricultura comercial en la vecina colonia francesa de Saint Domingue a partir de 1791 abrió un enorme espacio en el mercado internacional de productos tropicales que fue cubierto de inmediato por otras economías emergentes como la cubana y la brasileña. Con un ventajoso desarrollo de la plantación esclavista, Brasil finalmente se impuso en el mercado del café, y determinó la salida de Cuba de la competencia cafetalera por la vía de su mayor especialización en el cultivo de la *Saccharum officinarum* y la producción de azúcares. La

dinámica establecida por las leyes del mercado definiría la distribución interna de los espacios agrícolas en la mayor de las Antillas, y deslindaría las zonas que con posterioridad pasarían a ocupar el tabaco, la caña de azúcar, el café y el banano. Durante las últimas cuatro décadas del siglo XIX se produjo la casi total desaparición de Cuba como país exportador de café, para convertirse en un importador del grano con destino al consumo doméstico. La composición social de las zonas cafetaleras de montaña que se conservaron activas en la producción del aromático grano se modificó con la extinción de la esclavitud, probablemente antes de que se decretara su abolición total. Los hombres y mujeres que allí se mantuvieron ligados a la tierra, así como sus descendientes, serían testigos no solo de un profundo proceso de empobrecimiento general de la población serrana, sino también de una reorganización en las formas de explotación del trabajo que se extendería hasta el siglo XX. Los sitios arqueológicos que hoy permanecen identificados y conservados en las montañas de los extremos este y oeste de Cuba constituyen evidencias del breve pero intenso vuelo que alcanzó la caficultura en la mayor isla de las Antillas durante la primera mitad del siglo XIX. ■

BIBLIOGRAFÍA

BARCIA, M. C., G. GARCÍA y E. TORRES-CUEVAS. *La colonia. Evolución socioeconómica y formación nacional*. Editora Política, La Habana, 1994.

FRIEDLAENDER, H. H. *Historia Económica de Cuba*, J. Montero, La Habana, 1944.

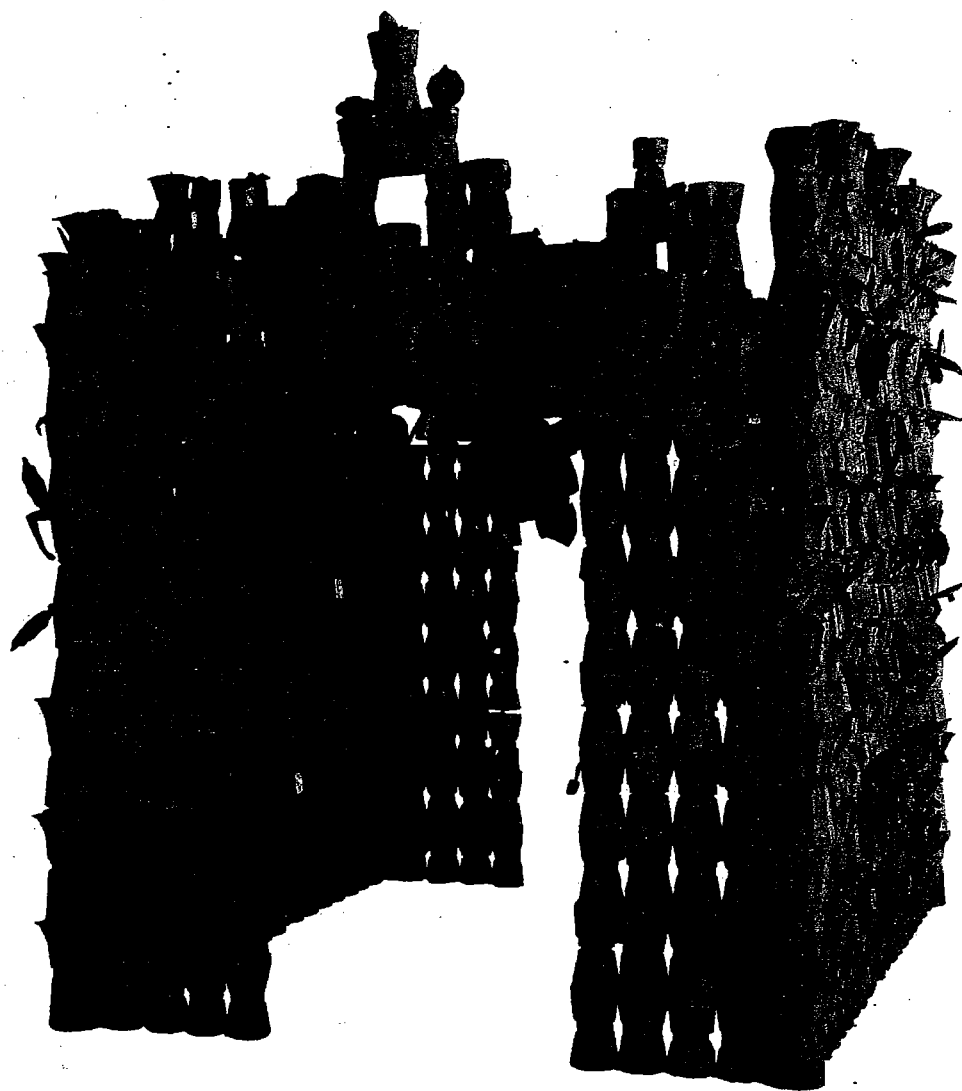
HUMBOLT, A. VON. *Ensayo Político de la Isla de Cuba*. Aranjuez, Doce Calles, 1998 (primera edición, 1840).

PÉREZ DE LA RIVA PONS, F. *El café. Historia de su cultivo y explotación en Cuba*. J. Montero, editor, La Habana, 1944.

PEZUELA, J. DE LA. *Diccionario Geográfico, Histórico y Estadístico de la Isla de Cuba*. Imprenta de Mellado, Madrid, 1859-1862.

SANTAMARÍA, A. y A. GARCÍA ÁLVAREZ. *Economía y colonia. La economía cubana y la relación con España. 1765-1902*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2004.

⁴⁷ Quizás el primer trabajo de investigación realizado con estos propósitos haya sido el practicado por los arqueólogos E. Tabo y R. Payarés. En él se logró la localización de 23 sitios de cafetales de la época colonial. Ver: L. Domínguez, ed. cit.



ROBERTO FABELO. *LA CAFEDRAL*, 2003.
CAFETERAS DE ALUMINIO Y ESPEJOS; 220 x 200 x 200 CM.
LAS FOTOGRAFÍAS DE LAS OBRAS DE ARTE FUERON REALIZADAS POR DANIEL ÁLVAREZ DURÁN.